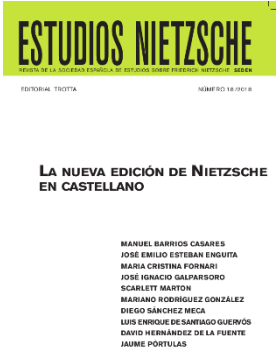


<i>MANUSCRIT ACCEPTAT</i>			
En torno a Nietzsche y la 'Cuestión homérica'			
Jaume Pòrtulas			
Revista	Estudios Nietzsche, 18 (2018)		
DOI			
Disponible en línea		Data de publicació	2018
<p>Per citar aquest document:</p> <p>Pòrtulas, J. (2018), "En torno a Nietzsche y la 'Cuestión homérica'", Estudios Nietzsche, 18, p. 131-141.</p>			
<p>Aquest arxiu PDF conté el manuscrit acceptat per a la seva publicació.</p>			

Jaume Prutillas
(Universitat de Barcelona)

EN TORNO A NIETZSCHE Y LA ‘CUESTIÓN HOMÉRICA’

1

La relación, fluctuante y conflictiva, de Friedrich Nietzsche con la Filología clásica ha merecido mucha atención en los últimos años. Es sabido que Nietzsche llegó a una situación de grave desacuerdo respecto a su profesión de filólogo clásico; un desacuerdo que se dirigía más contra el papel sociocultural de la Filología de su tiempo que contra sus aspectos técnicos. Pero ni la gélida recepción de *El nacimiento de la tragedia*, ni las crecientes dudas y perplejidades de su autor en torno a la función educativa de las Letras clásicas, ni tampoco la renuncia a la cátedra de Basilea en 1879 pusieron punto final a la implicación intelectual de Nietzsche con el Mundo antiguo. Para él, este mundo era *bon à penser*: estaba acostumbrado a servirse de materiales de la Antigüedad (hechos, anécdotas, personajes emblemáticos, escritores...) como pábulo para sus reflexiones. Ello le ayudaba a formular su pensamiento de un modo más incisivo. Y el entrenamiento filológico continuó resultándole útil cuando lo dedicó a otros fines. Al decir “entrenamiento filológico”, me refiero sobre todo a una especie de atención desconfiada que no se conforma con las evidencias externas de un texto, sino que sabe darles la vuelta, buscando el sentido último de las cosas no tanto en lo expresado como en el envés de la trama.

Si hablamos, en cambio, del impacto de Nietzsche entre los filólogos, el panorama es muy distinto. En el ámbito universitario, el influjo de *El nacimiento de la tragedia* fue nulo. No tanto a causa de las críticas del joven Wilamowitz — que fueron recibidas por los viejos profesores con un encogimiento de hombros entre incómodo y desdeñoso, casi como si se tratara de un extravío simétricamente opuesto al de Nietzsche —, sino porque el estilo de la obra no tenía nada que ver con el de una exposición erudita; y, sobre todo, porque su ‘mensaje’ se situaba a años luz de la agenda profesional del momento. Los trabajos juveniles de erudición, por su parte, carecían (con independencia del grado de madurez y talento que pudieran revelar) de la fuerza rompedora del libro dionisiaco, y se inscribían sin dificultad en el marco de los quehaceres de la Filología del momento. Y tanto los apuntes y dispensas de los cursos

universitarios como la masa imponente de las anotaciones personales solo podían alcanzar una difusión estrictamente confidencial.

Más tarde, la extraordinaria reputación del filósofo provocó la exhumación de hasta el más modesto de sus papeles — primero, en condiciones objetables y manipuladas; luego, con creciente rigor. Lo que primaba no era, obviamente, el interés filológico de los materiales exhumados, sino la luz que pudiesen arrojar sobre una figura intelectual considerada de primer orden; pero también ofreció la ocasión de reivindicar algunos de los aciertos más vistosos del joven Nietzsche como filólogo. Su afortunada sugerencia a propósito del sofista Alcidas como fuente del *Certamen de Homero y Hesíodo* (*infra*, pp. 8-9) ocupa un papel casi estelar en este ámbito.

Ahora bien, los auténticos méritos de Nietzsche se sitúan en otro orden de cosas; tienen más que ver con una intuición casi profética que con la caza de influencias. Él supo intuir la problemática en torno a la demolición del concepto mismo de “lo Clásico” y de las nociones subsidiarias de una Antigüedad y una Filología llamadas *clásicas* en el sentido fuerte del término. En efecto, la noción de un período histórico dotado de un valor ejemplar, paradigmático (un valor que incluso se transmitiría a las disciplinas consagradas a su estudio) fue convirtiéndose en obsoleta. No es preciso especificar que una transformación de semejante alcance no puede atribuirse al influjo de un solo pensador, aunque se trate de alguien tan influyente como a la postre ha resultado serlo Nietzsche, sino que refleja los enormes cambios que han socavado las bases del Humanismo ‘clásico’, tal como fue concebido en el Renacimiento y se consolidó con la Ilustración. Pero la trayectoria de Nietzsche, con sus vacilaciones, meandros y desencuentros con los colegas, constituye un valioso documento a la hora de estudiar una edad de la Filología considerada generalmente como ‘áurea’, a pesar de que estuviera surcada por contradicciones y malentendidos que llevaron a la crisis que él supo prever, quizás antes que nadie. Sería imperdonable trivializar la cuestión, reduciéndola a sus aspectos biográficos y/o anecdóticos, o devaluarla a simples notas eruditas.

2

Con el fin de evitar tanto el biografismo como las minucias (pseudo-)filológicas, y no queriendo tampoco reducirme a simples generalidades, he optado por analizar las tomas de posición de Nietzsche en torno a la «Cuestión homérica». En su época, era esta la ‘Cuestión’ filológica *par excellence*. Friedrich August Wolf (1759 -1824) había sentado los nuevos fundamentos metodológicos de la disciplina precisamente a partir de un replanteamiento revolucionario,

científico, de la problemática homérica.¹ Al enfrentarse a un asunto tan enjundioso, con tantas y tan variadas implicaciones, Nietzsche no rehúye en modo alguno los tecnicismos; pero aspira también a abordar cuestiones más generales, de naturaleza filosófica. Por eso me ha parecido conveniente recurrir a la ‘Cuestión’ como piedra de toque. Tomaré como hilo conductor la lección inaugural de la cátedra de Basilea, *Homero y la Filología clásica* (1869),² un escrito sobre cuya importancia (también a los ojos del mismo Nietzsche, incluso años más tarde, cuando ya había abandonado la profesión) no es necesario insistir. Además, he tenido en cuenta el trabajo acerca de “El tratado florentino sobre Homero y Hesíodo, su origen y su certamen”,³ y el brillante apunte “El certamen de Homero”, integrado en los *Cinco prefacios a cinco libros no escritos*, que fueron enviados a Cósima Wagner, como regalo navideño, en 1872.⁴ Para comprender mejor el *Homero...* resulta importante tener en cuenta su contexto. El subgénero académico de la lección inaugural tenía algunos rasgos en común con una presentación en sociedad; y Nietzsche aspiraba, desde luego, a causar una buena impresión; o, como mínimo, una cierta impresión. Sin embargo, como ilustración y defensa *pro domo* de la Filología, este texto resulta muy especial. Tras referirse a los ‘enemigos’ de la ciencia filológica, el foco se desplaza a las contradicciones internas de la disciplina, que son descritas como consecuencia de las pulsiones contrapuestas que pesan sobre el filólogo (tal como Nietzsche lo concibe). Existe, de entrada, un contraste brutal entre la vocación estética de unos estudios consagrados a unas obras de inmortal belleza y, por otra parte, las exigencias del análisis científico-técnico. A ello se añade la dimensión pedagógica, que Nietzsche concibe como central e insoslayable. Todo ello conduce a una pregunta crucial: ¿cómo compaginar la visión idealista del Mundo antiguo (la gran herencia de J.J. Winkelmann y el Clasicismo de Weimar) con el estudio minucioso de los fenómenos históricos concretos?

3

Voy a analizar, acto seguido, la versión que Nietzsche presenta de la ‘Cuestión homérica’. Sus planteamientos no difieren en exceso de los habituales en su época; pero nuestro pensador los utiliza para ejemplificar las aporías a las que la Filología se halla expuesta. Muchos estudiosos se limitan a retener de este ensayo un par de frases lapidarias (*e.g.*: “Homero como el poeta de la *Ilíada* y la *Odisea* no es una tradición histórica sino un juicio estético”, y “Nosotros creemos

¹ En sus emblemáticos *Prolegomena ad Homerum* de 1795. Cfr. Grafton 1981: 101-129; Grafton-Most-Zetzel in Wolf 1985: 3-35; Porter 2004: 38-9, 69-76, etc.

² KGW ii/1 247-269 = O.C. ii 219-231.

³ KGW ii/1 271-337 = O.C. ii 233-289.

⁴ KGW *** = O.C. i 564-570.

en un único gran poeta de la *Ilíada* y la *Odisea*, pero no que este poeta sea Homero”), frases perfectamente inteligibles en su contexto, pero a las que se suele atribuir un sentido enigmático y casi oracular.⁵ Las ideas-fuerza en torno a las que Nietzsche despliega su argumentación en la parte central del *Homero...* son, en resumen, las siguientes:

- Resulta difícil saber, a propósito de las grandes figuras del arcaísmo griego (un Homero, un Orfeo, un Hesíodo...) si se trata verdaderamente de personajes reales o no; también podrían ser producto de la capacidad de personificación de los antiguos.
- Ciertas tradiciones (pseudo-)biográficas, como las recogidas en el *Certamen de Homero y Hesíodo*,⁶ pueden ayudarnos a remontarnos más allá de Pisístrato y su época.⁷ - El interrogante sobre si la *Ilíada* y la *Odisea* son obra de un mismo autor constituye el cuestionamiento crítico de la figura de ‘Homero’ más radical en toda la Antigüedad. La respuesta dada por los alejandrinos a esta demanda fue que ambos poemas son obras de *un solo genio*, pero concebidas en la flor de la edad y en la vejez, respectivamente. - El recurso a la conjetura biográfica para resolver los problemas contribuyó decisivamente a la eclosión del concepto de ‘personalidad’ poética. Las manifestaciones de una ‘personalidad’ poética de primer orden se caracterizan por la regularidad y la armonía. Lo que está en contradicción con esta regularidad no puede ser homérico; debe, por tanto, ser expurgado.
- Los estudiosos antiguos solían invocar las contingencias de la transmisión de Homero para dar razón de lo que pudiese parecer flojo y/o fuera de lugar en unos textos que, en teoría, eran perfectos y sin tacha. (También los modernos se han apuntado con entusiasmo a semejante práctica).
- A lo largo del dilatado proceso de construcción de la ‘personalidad’ poética de Homero, buena parte del material que originariamente corría bajo su nombre dejó de serle atribuido. A consecuencia de esta operación, Homero dejó de ser un ‘héroe cultural’ o una

⁵ Entre la copiosa bibliografía que *Homero y la Filología clásica* ha suscitado, los trabajos de J.I. Porter (2000: 62-69; 76-81; 2004: 7-26) son los que me han resultado de más ayuda a la hora de redactar los párrafos siguientes. Véase también Cataldi Madonna (1983).

⁶ Cfr. *infra*, pp. 8-10. Sobre el material pseudo-biográfico en torno a Homero, me permito remitir a Partulas 2008: 305-361. ⁷

Con independencia de si conservan un núcleo auténtico de verdades positivas sobre Homero o no. Sobre este punto, las opiniones de Nietzsche variaron mucho, desde su aceptación rotunda de la veracidad de tales relatos en una conferencia de 1867 (*infra* n. 14) hasta la cauta abstención de juicio posterior. Véase Cataldi Madonna 1983: 87; 197 nn. 6-8.

‘figura alegórica’ y se consolidó como una personalidad poética — excepcional sin duda, pero humana. Nietzsche se opone rotundamente a la *falacia* de la autoría popular, anónima, de los poemas homéricos. El genio popular no produce obras poéticas tan sofisticadas: la complejidad es necesariamente producto de lo individual.

- Nuestro pensador experimenta un interés profundo por la relación de los griegos con su pasado ‘homérico’. Ilustraré este último aserto a partir de una anécdota evocada al principio de “El certamen de Homero” (véase *infra* pp. 8-10):⁷ tras la conquista de Gaza, Alejandro Magno ató a su carro de guerra al valeroso caudillo de los adversarios y lo arrastró mucho tiempo, imitando el tratamiento infligido por Aquiles al cadáver de Héctor (*Ilíada* xxii 395-404). Aparte de señalar la incomodidad del humanismo clasicizante frente a relatos de este tipo, Nietzsche parece fascinado por la tenue línea divisoria entre la sublime emulación de los héroes y la parodia grotesca e horripilante de su comportamiento desmesurado.

4

En resumen, Nietzsche hurga en esta grave aporía: cuanto más nos remontamos en el tiempo, menos cosas concretas se saben acerca del Poeta. Las noticias tardías no parecen proceder del descubrimiento de nuevas evidencias; son, más bien, resultado de la evolución histórico-cultural griega; y, por lo menos en parte, fruto de la pura especulación. Así, en el seno de un mismo nombre, ‘Homero’, coexisten significados incompatibles. Al principio, ‘Homero’ fue el poeta épico por antonomasia, el autor de toda poesía heroica. Pero cuando, en la Atenas de los Pisistrátidas, la *Ilíada* y la *Odisea* emergen como obras específicas, diferenciándose de un conjunto mucho más vasto de composiciones épicas, ‘Homero’ pasa a significar el *summum* de la excelencia estética. Nietzsche presenta el proceso de diferenciación de ambos poemas como el resultado de un juicio de valor estético que abocó a una selección de versos inmortales y los atribuyó a un poeta considerado como el más grande de todos los tiempos, *lux et origo* de toda la actividad poética.⁸ Con la famosa frase “Homero como el poeta de la *Ilíada* y la *Odisea* no es una tradición histórica sino un juicio estético”, Nietzsche sintetiza ese proceso — proceso que, desde luego, no se produjo de golpe, sino con múltiples contradicciones y retrocesos. Aristóteles, por ejemplo, da un singular paso atrás respecto a posiciones que él mismo

⁷ La fuente de este relato es Hegesias de Magnesia, un historiador de Alejandro; véase *FGrHist* 142, 5 Jacoby; *cit.* por Dionisio de Halicarnaso, *De comp. verb.* xviii 123 sgg.).

⁸ En la actualidad, los investigadores se centran más en los presuntos movimientos político-sociales (e incluso propagandísticos) que debieron de condicionar la preeminencia de ambos poemas.

mantiene en otros lugares cuando adjudica a Homero el *Margites*, un poema paródico-burlesco, incompatible con la verdadera cifra de la personalidad del Poeta.⁹ Así se constituyó de manera progresiva una imagen *posible* de Homero — un personaje ‘real’, aunque impreciso, nebuloso sólo a causa de la lejanía temporal y de la carencia de informaciones fidedignas.

Habida cuenta de que el término ‘Homero’ vehicula contenidos tan distintos, afirmar que “la *Ilíada* es obra de Homero” equivale a decir que es obra de ‘alguien’. Con semejante aserto se proclama la unidad de autor del poema; pero no se establece ninguna relación significativa entre el autor y su obra. Son los hábitos inveterados de los lectores los que suscitan, de un modo casi mecánico e inconsciente, la imagen (¿o el fantasma?) del autor.¹⁰ Por su parte, los estudiosos modernos se enfrentan, impotentes, al interrogante acerca de si ‘Homero’ fue, en principio, un personaje de carne y hueso o una abstracción. O, como dice Nietzsche, con frase feliz: ¿la persona se transformó en concepto o el concepto en persona?¹¹

5

Nietzsche prosigue recordando que la Historia de la literatura ha aspirado siempre a comprender la ‘personalidad’ de los grandes poetas; pero ¿cómo es posible establecer una relación exegética productiva (o simplemente razonable) entre un autor del que no se sabe nada — puesto que incluso su existencia ha podido ser puesta en duda — y unas obras de las que se sospecha que han sufrido interpolaciones múltiples? Añádase a este interrogante otro todavía más acucioso: ¿En qué consiste la tan cacareada perfección de los poemas ‘homéricos’? Si nos atenemos a la autorizada opinión de Aristóteles, tal perfección radica en la construcción monumental del conjunto; así se desprende de un pasaje célebre donde el Estagirita contraponen la *Ilíada* y la *Odisea*, tal como habían cristalizado en su época, a las composiciones del Ciclo (*Poética* xxiii 1459a-b). Pero, como observa Nietzsche sardónicamente, la construcción de la *Ilíada* es precisamente aquello que muchos estudiosos modernos han criticado con mayor acritud. Los intentos de distinguir entre un núcleo original y una serie de interpolaciones que lo desfiguran en parte han sido constantes, sobre todo en el Ochocientos. Semejantes operaciones pueden ser fruto de juicios subjetivos, de nulo valor crítico; pero

⁹ Cfr. *Poética* iv 1448b 30; *Ética a Nicómaco* vi 1141a 14.

¹⁰ Semejantes afirmaciones resultaban mucho más chocantes en tiempos de Nietzsche que en nuestros días, cuando todo el mundo ha tenido ocasión de leer (o de conocer de oídas, por lo menos) los brillantes análisis sobre la “muerte del autor”, difundidos por el nietzscheano heterodoxo Michel Foucault y otros pensadores. (Véase e.g. Foucault 2001: 817-849).

¹¹ KGW ii/1 247-269 = O.C. ii 219-231.

demuestran que la construcción monumental del poema no ha merecido, a lo largo de los siglos, una valoración unánimemente positiva.

En cuanto al arte de deslindar a ‘Homero’ de los *neôteroi*, ‘los modernos’, fue llevado ya a su perfección en Alejandría, por obra de Aristarco. Ello no dejó de tener consecuencias importantes en la práctica ecdótica del gran estudioso. Los detalles del trabajo de los filólogos helenísticos se conocían en época de Nietzsche bastante menos que en la actualidad; pero Nietzsche pudo opinar (y no sin buenos argumentos) que este trabajo constituía un ejemplo excelente del pecado original de toda filología; esto es, crear en parte, con su misma labor, aquello que se está analizando.

El complejo proceso de cristalización de la *Ilíada* y la *Odisea* ha inducido a conjeturar la intervención final de un editor (o de varios editores) — o de un redactor, o como quiera llamársele. Para la mayoría de eruditos del Ochocientos esta hipótesis resultaba insoslayable. Hay que poner en relación con ello otro aserto célebre de Nietzsche: “Nosotros creemos en un único gran poeta de la *Ilíada* y la *Odisea*, pero no que este poeta sea Homero”. La frase llama la atención, una vez más, sobre dos nociones concurrentes de ‘Homero’: (a) la *persona* mítica; (b) el compositor material de la *Ilíada* y la *Odisea*. Nietzsche apunta la paradoja de un Homero único, *más* un responsable de la *Ilíada* y la *Odisea* — que no serían la misma persona.

Muchos contemporáneos de Nietzsche creían que ‘Homero’ era el último eslabón en esta cadena; pero nuestro pensador se opone a semejante punto de vista. El nombre de ‘Homero’ debe corresponder a quien tuvo la visión original. La actual disposición de la *Ilíada* no sería producto de una intuición visionaria, sino una cosa conceptual; la organización de los materiales es secuencial, paratáctica. Tal aserto es rubricado por Nietzsche mediante una imagen poderosa: la *Ilíada* sería como una guirnalda de flores trenzadas, no como una corona.¹² El plan del conjunto respondería a una innovación reciente, posterior incluso a la fama panhelénica de ‘Homero’. Ello no impide que el redactor tardío no fuera también un gran poeta — sobre todo, si se le compara con los autores del Ciclo, cuya organización de los materiales deja, según Aristóteles (*vide supra*) bastante que desear. Pero esta figura completamente desconocida fue capaz de poner sus propios pies en las huellas de ‘Homero’,

¹² Hay aquí una alusión a un pasaje famoso de la *Nemea* VII (vv. 77-79), donde Píndaro contrapone una efímera guirnalda de flores a la corona engarzada de metales preciosos; su poesía sería comparable a ésta última. La *Ilíada*, en cambio, se articula, según Nietzsche, por yuxtaposición simple.

sacrificando su personalidad individual (e incluso su nombre) en el altar de la fama de su mítico predecesor.

No parece necesario subrayar que estas opiniones resultan tan subjetivas como cualquiera de las que Nietzsche ha calificado como tales. Sin duda nos hallamos frente a un intento deliberado no de minimizar las contradicciones de la Filología homérica, sino de radicalizarlas, de exasperarlas.

6

Pienso que un excursus sobre el ensayo de Nietzsche a propósito del *Certamen de Homero y Hesíodo* no resultará fuera de lugar aquí.¹³ Pero conviene recordar previamente que el interés por los aspectos agonísticos de la cultura griega fue una constante en la reflexión nietzscheana que no se circunscribe a los trabajos profesionales. Se ha afirmado que la reevaluación de este aspecto clave de la cultura griega arcaica se debe sobre todo a sus esfuerzos y a los de Jacob Burckhardt, colega suyo en Basilea. El ensayo sobre “El certamen de Homero” (véase *supra* p. 3) constituye la versión más elaborada de sus reflexiones en torno a este argumento. Así pues, ocupándose de la competición poética entre Homero y Hesíodo, Nietzsche no sólo afrontaba una temática filológica interesante, sino que, además, analizaba algo que le importaba de modo directo.

El argumento central de “El tratado florentino sobre Homero y Hesíodo, su origen y su certamen” se puede sintetizar en los siguientes términos:

- a. De la antigua tradición que narra cómo Homero y Hesíodo se enfrentaron en una competición por la supremacía poética no existieron en la Antigüedad versiones múltiples, sino básicamente un solo relato, preservado para nosotros en un texto anónimo algo posterior a la muerte de Adriano, cuyo prolijo título es “Acerca de Homero y Hesíodo, su linaje y su Certamen”. Este texto se conserva en un *codex unicus*, el Laurenciano lvi 1 de la Biblioteca Medicea Laurenciana de Florencia.¹⁴
- b. Se puede demostrar técnicamente que esta versión del *Certamen* es un extracto de un texto más extenso.

¹³ El trabajo fue publicado en dos entregas (en 1870 y 1873) en el *Rheinisches Museum für Philologie*, la prestigiosa revista que a la sazón dirigía F.W. Ritschl (1806-1876), el mentor universitario de Nietzsche. El futuro filósofo ya había discutido el tema con anterioridad, en una conferencia titulada *Sängerkrieg auf Euböa* (KGW ***), pronunciada en julio de 1867 en el *Philologischer Verein* de Leipzig.

¹⁴ Nietzsche publicó una edición de este manuscrito en 1871, en las *Acta societatis philologiae Lipsiensis* (= KGW II/1 339-364). La parte final del trabajo del *Rheinisches Museum* se consagra a justificar ciertas opciones textuales de esta edición, que habían suscitado polémica.

c. La fuente principal del relato es una obra perdida mucho más antigua — a saber, el *Museo* del rétor Alcidas de Elea (siglo IV aC), un discípulo de Gorgias.

No es este el lugar oportuno para analizar a fondo los aciertos y las limitaciones del trabajo de Nietzsche — trabajo que, años más tarde, encontró una inesperada confirmación parcial en dos hallazgos papiráceos. Me limitaré a subrayar ciertas coincidencias con el Nietzsche más familiar. Así, el *parti pris* de rastrear, en el trasfondo del relato de esta competición, a una personalidad modestamente creadora (*i.e.* Alcidas), en lugar de conformarse con la consabida etiqueta de “un relato tradicional”, es algo típicamente nietzscheano. Semejante punto de partida tenía algo de apriorístico; pero le sirvió a Nietzsche para alcanzar un resultado importante, la identificación de Alcidas como fuente principal del *Certamen*. No parece probable, en cambio, que un relato de esta naturaleza circulase en una sola versión; ni tampoco que Alcidas no contase a su vez con precedentes (aunque la naturaleza exacta de tales precedentes no resulta fácil de determinar. Por otro lado, la inveterada antipatía de Nietzsche por cualquier cosa que oliera a “literatura popular” no le ayudaba precisamente a valorar en sus justos términos el librito de época adriana, con su tufillo de retórica escolástica. U. von Wilamowitz y Eduard Meyer, que en su momento también se ocuparon de este tratado, calificándolo de ‘*Volksbuch*’, acertaron más, a pesar de lo anacrónico de su terminología.

En un orden distinto de cosas, la soterrada pasión con la que Nietzsche analiza las múltiples variantes de la breve composición sobre las ventajas de no haber nacido (*Cert.* vii 73-4 Rzach), revela — a pesar de mantenerse en todo momento en el terreno de la crítica textual más severa — al pensador fascinado por el pesimismo griego, el persistente lector de Schopenhauer.¹⁵

También quisiera aludir al hecho de que Nietzsche haya obviado adentrarse en un terreno que, en otras circunstancias, le habría resultado, sin duda, tentador. Cuando menciona la leyenda según la cual el gran poeta lírico Estesícoro de Hímera habría sido hijo (o nieto) nada menos que de Hesíodo, Nietzsche se demora solo en los problemas de cronología suscitados por este aserto, y omite cualquier alusión a los evidentes aspectos simbólico-alegóricos del relato. Este

¹⁵ Muchos y reputados estudiosos se oponen resueltamente a admitir esta conexión, a pesar de su intrínseca verosimilitud. Cfr. *e.g.* Voigt 1962: 106; Cataldi Madonna 1983: 203-4 n. 68. Pero, de los *trece* pasajes de autores griegos que citan, mencionan o parafrasean estos versos — de Teognis a la *Suda*, de Sófocles a Sexto Empírico; véase el comentario de Van Groningen 1966 a Teognis — la mayoría fueron, en un momento u otro, objeto de atención por parte de Nietzsche. Parece difícil que se trate de una pura y simple coincidencia.

silencio quizás se deba a que consideró que la austera revista de Rischl no era el mejor lugar para tales especulaciones.

Acabaré resumiendo el último párrafo del trabajo, donde se sintetizan, con ejemplar claridad, los motivos de interés que diversos lectores pueden hallar, en opinión de Nietzsche, en el estudio del *Certamen*:

- (1) Presenta una imagen (más o menos desfigurada, desde luego) de cómo era un *bios* [≈ un ensayo biográfico] antiguo.
- (2) Ofrece una evocación muy vívida de las competiciones rapsódicas.
- (3) Documenta ciertas prácticas simposiales de la Antigüedad grecolatina.
- (4) Nos descubre los primeros balbuceos de la Filología homérica precientífica.

7

La pretensión de encontrar, al término de las reflexiones de Nietzsche acerca de Homero, unas conclusiones últimas, estables, “provisionalmente definitivas” (valga el oxímoron) carece de sentido. Y no porque Nietzsche, desengañado, renunciase a la Filología antes de decir todo lo que tenía que decir, sino porque, en su dedicación profesional a Homero, parece haberle importado más profundizar en los problemas que intentar resolverlos. En el estudio científico del Padre de la poesía y de su mundo radiante, detrás de cada valor aparentemente seguro, hallaba un abismo de contradicciones. A falta, pues, de cualquier conclusión, me limitaré a señalar algunos rasgos de la práctica filológica de Nietzsche que continuaron caracterizando su quehacer intelectual también después de que renunciara al oficio. A mi parecer, podrían ser los siguientes:

- a. La constatación de que los hombres tienden a admirar aquello que *deben* admirar — esto es, aquello que maestros prestigiosos les señalan como digno de admiración.
- b. Cuando leemos, nuestra lectura necesita muletas, andaderas.¹⁶ Por ejemplo, la reconstrucción (aunque sea inventada) de la ‘personalidad’ de un autor. Sin semejantes muletas, muchas veces no sabemos cómo leer.
- c. La Filología tiene que seguir a menudo caminos indirectos. Una anécdota banal, de historicidad más que dudosa para muchos (como la rivalidad en un certamen

¹⁶ En el lenguaje técnico de la moderna Estética de la recepción, a estas muletas se las suele denominar “horizonte de expectativas”.

poético entre dos vates de existencia discutida y que, en todo caso, no es seguro que fueran contemporáneos) puede constituir una ayuda importante a la hora de enfrentarnos a ‘sus’ composiciones.

d. La desconfianza parece inherente al filólogo. No es por mezquindad de espíritu — o no es solamente por eso — que los filólogos desmenuzaron la corona de laurel (para hablar ahora como Goethe) que ceñía las sienes del máximo Poeta. Un juicio de valor semejante constituye un acto de cultura, como lo son las lecturas y los supuestos (explícitos e implícitos) en los que se apoya. Se trata, en definitiva, de hábitos inveterados, que normalmente nos guardamos de someter a revisión. Nietzsche aspira a desentrañar, en su trasfondo, una serie de ídolos, tabúes, concepciones acrílicas, simples malentendidos. Su cuestionamiento analítico a nivel del lenguaje le parecía, probablemente, una de las vocaciones más altas de la Filología.

En realidad, la “Filología del futuro” se parecía un poco a un disolvente. Y, quizás cuando Nietzsche sugirió (con una inversión célebre de una frase de Séneca) transformar la Filología en Filosofía, lo que se proponía, por lo menos en parte, era alterar la graduación de este disolvente.

15. BIBLIOGRAFÍA

Acampora, Ch.D. (2003). “The Contest between Nietzsche and Homer: Revaluating the Homeric Question”, in N. Martin (ed.), *Nietzsche and the German Tradition*. Lang: Oxford/New York: 83-109.

Acampora, Ch.D. (2013). *Contesting Nietzsche*. The University of Chicago Press.

Cataldi Madonna, L. (1983). *Il razionalismo di Nietzsche. Filologia e teoria della conoscenza negli scritti giovanili*. Edizioni Scientifiche Italiane: Napoli.

Foucault, M. (2001). “Qu’est-ce qu’un auteur?”, in *Dits et écrits I (1954-1975)*. Quarto Gallimard: Paris: 817-849.

Gossman, L. (2000). *Basel in the Age of Burckhardt. A Study in Unseasonable Ideas*. The University of Chicago Press: Chicago and London.

Grafton, A. (1981). “Prolegomena to Friedrich August Wolf”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* xliv: 101-129.

Gutiérrez Girardot, R. (2000). *Nietzsche y la filología clásica. La poesía de Nietzsche*. Panamericana Editorial: Bogotá (1ª edición: Eudeba, Buenos Aires, 1996).

KGW = Nietzsche 1967-

Lloyd-Jones, H. (1982). ‘Nietzsche’, in *Blood for the Ghosts. Classical Influences in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Duckworth: London: 165-181 (1ª ed. in O’Flaherty et alii 1976: 1-15).

Nietzsche, F. (1967-). *Nietzsche Werke. Kritische Gesamtausgabe*, herausgegeben von G.

- Colli und M. Montinari. Walter de Gruyter: Berlin-New York.
- Nietzsche, F. (1982). *Philologische Schriften 1867-1876*. Zweite Abteilung bearbeitet von F. Borman und M. Carpitella. Walter de Gruyter: Berlin-New York.
- Nietzsche, F. (1993). *Appunti filosofici (1867-1869)*. *Omero e la Filologia Classica*. A cura di G. Campioni & F. Gerratana. Adelphi: Milano.
- Nietzsche, F. (2005). *Nosotros los filólogos*. Introducción, traducción y notas de J. L. Puertas. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Nietzsche, F. (2011). *Obras completas. Volumen i. Escritos de juventud*. Edición dirigida por D. Sánchez Meca. Traducción, introducciones y notas de J.B. Linares, D. Sánchez Meca, L.E. De Santiago Guervós. Tecnos: Madrid.
- Nietzsche, F. (2011). *Obras completas. Volumen ii. Escritos filológicos*. Edición dirigida por D. Sánchez Meca. Traducción, introducciones y notas de M. Barrios, A. Martín, D. Sánchez Meca, L. De Santiago Guervós, J.L. Vermal. Tecnos: Madrid.
- O.C. i, ii = Nietzsche 2011, 2013
- O'Flaherty, J.C.; Sellner, T.F. & Helm, R.M. (eds. 1976). *Studies in Nietzsche and the Classical Tradition*. The University of North Carolina Press: Chapel Hill.
- Porter, J.I. (2000). *Nietzsche and the Philology of the Future*. Stanford University Press.
- Porter, J.I. (2004). "Nietzsche, Homer, and the Classical Tradition", in P. Bishop (ed.).
- Nietzsche and Antiquity. His Reaction and Response to the Classical Tradition*. Camden House / Boydell & Brewer: Rochester, NY: 7-26.
- P rtulas, J. (2008). *Introducció a la Ilíada. Homer entre la hist ria i la llegenda*. FBM: Barcelona.
- Van Groningen, B.A. (1966). *Theognis. Le Premier livre*. Édité avec un commentaire. Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschappij: Amsterdam.
- Vogt, E. (1962). "Nietzsche und der Wettkampf Homers", *Antike und Abendland* xi: 103113.
- Wolf, Fr. A. (1985). *Prolegomena to Homer (1795)*. Translated with Introduction and Notes by A. Grafton, G.W. Most & J.E.G. Zetzel. Princeton University Press: Princeton, NJ.

Jaume Pòrtulas
(Universitat de Barcelona)

EN TORNO A NIETZSCHE Y LA ‘CUESTIÓN HOMÉRICA’

1

La relación, fluctuante y conflictiva, de Friedrich Nietzsche con la Filología clásica ha merecido mucha atención en los últimos años. Es sabido que Nietzsche llegó a una situación de grave desacuerdo respecto a su profesión de filólogo clásico; un desacuerdo que se dirigía más contra el papel sociocultural de la Filología de su tiempo que contra sus aspectos técnicos. Pero ni la gélida recepción de *El nacimiento de la tragedia*, ni las crecientes dudas y perplejidades de su autor en torno a la función educativa de las Letras clásicas, ni tampoco la renuncia a la cátedra de Basilea en 1879 pusieron punto final a la implicación intelectual de Nietzsche con el Mundo antiguo. Para él, este mundo era *bon à penser*: estaba acostumbrado a servirse de materiales de la Antigüedad (hechos, anécdotas, personajes emblemáticos, escritores...) como pábulo para sus reflexiones. Ello le ayudaba a formular su pensamiento de un modo más incisivo. Y el entrenamiento filológico continuó resultándole útil cuando lo dedicó a otros fines. Al decir “entrenamiento filológico”, me refiero sobre todo a una especie de atención desconfiada que no se conforma con las evidencias externas de un texto, sino que sabe darles la vuelta, buscando el sentido último de las cosas no tanto en lo expresado como en el envés de la trama.

Si hablamos, en cambio, del impacto de Nietzsche entre los filólogos, el panorama es muy distinto. En el ámbito universitario, el influjo de *El nacimiento de la tragedia* fue nulo. No tanto a causa de las críticas del joven Wilamowitz — que fueron recibidas por los viejos profesores con un encogimiento de hombros entre incómodo y desdeñoso, casi como si se tratara de un extravío simétricamente opuesto al de Nietzsche —, sino porque el estilo de la obra no tenía nada que ver con el de una exposición erudita; y, sobre todo, porque su ‘mensaje’ se situaba a años luz de la agenda profesional del momento. Los trabajos juveniles de erudición, por su parte, carecían (con independencia del grado de madurez y talento que pudieran revelar) de la fuerza rompedora del libro dionisiaco, y se inscribían sin dificultad en el marco de los quehaceres de la Filología del momento. Y tanto los apuntes y dispensas de los cursos universitarios como la masa imponente de las anotaciones personales solo podían alcanzar una difusión estrictamente confidencial.

Más tarde, la extraordinaria reputación del filósofo provocó la exhumación de hasta el más modesto de sus papeles — primero, en condiciones objetables y manipuladas; luego, con creciente rigor. Lo que primaba no era, obviamente, el interés filológico de los materiales exhumados, sino la luz que pudiesen arrojar sobre una figura intelectual considerada de primer orden; pero también ofreció la ocasión de reivindicar algunos de los aciertos más vistosos del joven Nietzsche como filólogo. Su afortunada sugerencia a propósito del sofista Alcídamante como fuente del *Certamen de Homero y Hesíodo* (*infra*, pp. 8-9) ocupa un papel casi estelar en este ámbito.

Ahora bien, los auténticos méritos de Nietzsche se sitúan en otro orden de cosas; tienen más que ver con una intuición casi profética que con la caza de influencias. Él supo intuir la problemática en torno a la demolición del concepto mismo de “lo Clásico” y de las nociones subsidiarias de una Antigüedad y una Filología llamadas *clásicas* en el sentido fuerte del término. En efecto, la noción de un período histórico dotado de un valor ejemplar, paradigmático (un valor que incluso se transmitiría a las disciplinas consagradas a su estudio) fue convirtiéndose en obsoleta. No es preciso especificar que una transformación de semejante alcance no puede atribuirse al influjo de un solo pensador, aunque se trate de alguien tan influyente como a la postre ha resultado serlo Nietzsche, sino que refleja los enormes cambios que han socavado las bases del Humanismo ‘clásico’, tal como fue concebido en el Renacimiento y se consolidó con la Ilustración. Pero la trayectoria de Nietzsche, con sus vacilaciones, meandros y desencuentros con los colegas, constituye un valioso documento a la hora de estudiar una edad de la Filología considerada generalmente como ‘áurea’, a pesar de que estuviera surcada por contradicciones y malentendidos que llevaron a la crisis que él supo prever, quizás antes que nadie. Sería imperdonable trivializar la cuestión, reduciéndola a sus aspectos biográficos y/o anecdóticos, o devaluarla a simples notas eruditas.

2

Con el fin de evitar tanto el biografismo como las minucias (pseudo-)filológicas, y no queriendo tampoco reducirme a simples generalidades, he optado por analizar las tomas de posición de Nietzsche en torno a la «Cuestión homérica». En su época, era esta la ‘Cuestión’ filológica *par excellence*. Friedrich August Wolf (1759 -1824) había sentado los nuevos fundamentos metodológicos de la disciplina precisamente a partir de un

replanteamiento revolucionario, *científico*, de la problemática homérica.¹ Al enfrentarse a un asunto tan enjundioso, con tantas y tan variadas implicaciones, Nietzsche no rehúye en modo alguno los tecnicismos; pero aspira también a abordar cuestiones más generales, de naturaleza filosófica. Por eso me ha parecido conveniente recurrir a la ‘Cuestión’ como piedra de toque. Tomaré como hilo conductor la lección inaugural de la cátedra de Basilea, *Homero y la Filología clásica* (1869),² un escrito sobre cuya importancia (también a los ojos del mismo Nietzsche, incluso años más tarde, cuando ya había abandonado la profesión) no es necesario insistir. Además, he tenido en cuenta el trabajo acerca de “El tratado florentino sobre Homero y Hesíodo, su origen y su certamen”,³ y el brillante apunte “El certamen de Homero”, integrado en los *Cinco prefacios a cinco libros no escritos*, que fueron enviados a Cósima Wagner, como regalo navideño, en 1872.⁴

Para comprender mejor el *Homero...* resulta importante tener en cuenta su contexto. El subgénero académico de la lección inaugural tenía algunos rasgos en común con una presentación en sociedad; y Nietzsche aspiraba, desde luego, a causar una buena impresión; o, como mínimo, *una cierta* impresión. Sin embargo, como ilustración y defensa *pro domo* de la Filología, este texto resulta muy especial. Tras referirse a los ‘enemigos’ de la ciencia filológica, el foco se desplaza a las contradicciones internas de la disciplina, que son descritas como consecuencia de las pulsiones contrapuestas que pesan sobre el filólogo (tal como Nietzsche lo concibe). Existe, de entrada, un contraste brutal entre la vocación estética de unos estudios consagrados a unas obras de inmortal belleza y, por otra parte, las exigencias del análisis científico-técnico. A ello se añade la dimensión pedagógica, que Nietzsche concibe como central e insoslayable. Todo ello conduce a una pregunta crucial: ¿cómo compaginar la visión idealista del Mundo antiguo (la gran herencia de J.J. Winkelmann y el Clasicismo de Weimar) con el estudio minucioso de los fenómenos históricos concretos?

3

Voy a analizar, acto seguido, la versión que Nietzsche presenta de la ‘Cuestión homérica’. Sus planteamientos no difieren en exceso de los habituales en su época; pero nuestro pensador los utiliza para ejemplificar las aporías a las que la Filología se halla expuesta. Muchos estudiosos se limitan a retener de este ensayo un par de frases

¹ En sus emblemáticos *Prolegomena ad Homerum* de 1795. Cfr. Grafton 1981: 101-129; Grafton-Most-Zetzel in Wolf 1985: 3-35; Porter 2004: 38-9, 69-76, etc.

² KGW ii/1 247-269 = O.C. ii 219-231.

³ KGW ii/1 271-337 = O.C. ii 233-289.

⁴ KGW **** = O.C. i 564-570.

lapidarias (e.g.: “Homero como el poeta de la *Iliada* y la *Odisea* no es una tradición histórica sino un juicio estético”, y “Nosotros creemos en un único gran poeta de la *Iliada* y la *Odisea*, pero no que este poeta sea Homero”), frases perfectamente inteligibles en su contexto, pero a las que se suele atribuir un sentido enigmático y casi oracular.⁵

Las ideas-fuerza en torno a las que Nietzsche despliega su argumentación en la parte central del *Homero...* son, en resumen, las siguientes:

- Resulta difícil saber, a propósito de las grandes figuras del arcaísmo griego (un Homero, un Orfeo, un Hesíodo...) si se trata verdaderamente de personajes reales o no; también podrían ser producto de la capacidad de personificación de los antiguos.
- Ciertas tradiciones (pseudo-)biográficas, como las recogidas en el *Certamen de Homero y Hesíodo*,⁶ pueden ayudarnos a remontarnos más allá de Pisítrato y su época.⁷
- El interrogante sobre si la *Iliada* y la *Odisea* son obra de un mismo autor constituye el cuestionamiento crítico de la figura de ‘Homero’ más radical en toda la Antigüedad. La respuesta dada por los alejandrinos a esta demanda fue que ambos poemas son obras de *un solo genio*, pero concebidas en la flor de la edad y en la vejez, respectivamente.
- El recurso a la conjetura biográfica para resolver los problemas contribuyó decisivamente a la eclosión del concepto de ‘personalidad’ poética. Las manifestaciones de una ‘personalidad’ poética de primer orden se caracterizan por la regularidad y la armonía. Lo que está en contradicción con esta regularidad no puede ser homérico; debe, por tanto, ser expurgado.
- Los estudiosos antiguos solían invocar las contingencias de la transmisión de Homero para dar razón de lo que pudiese parecer flojo y/o fuera de lugar en unos textos que, en teoría, eran perfectos y sin tacha. (También los modernos se han apuntado con entusiasmo a semejante práctica).
- A lo largo del dilatado proceso de construcción de la ‘personalidad’ poética de Homero, buena parte del material que originariamente corría bajo su nombre dejó de serle atribuido. A consecuencia de esta operación, Homero dejó de ser un ‘héroe cultural’ o

⁵ Entre la copiosa bibliografía que *Homero y la Filología clásica* ha suscitado, los trabajos de J.I. Porter (2000: 62-69; 76-81; 2004: 7-26) son los que me han resultado de más ayuda a la hora de redactar los párrafos siguientes. Véase también Cataldi Madonna (1983).

⁶ Cfr. *infra*, pp. 8-10. Sobre el material pseudo-biográfico en torno a Homero, me permito remitir a Pòrtulas 2008: 305-361.

⁷ Con independencia de si conservan un núcleo auténtico de verdades positivas sobre Homero o no. Sobre este punto, las opiniones de Nietzsche variaron mucho, desde su aceptación rotunda de la veracidad de tales relatos en una conferencia de 1867 (*infra* n. 14) hasta la cauta abstención de juicio posterior. Véase Cataldi Madonna 1983: 87; 197 nn. 6-8.

una ‘figura alegórica’ y se consolidó como una personalidad poética — excepcional sin duda, pero humana.

- Nietzsche se opone rotundamente a la *falacia* de la autoría popular, anónima, de los poemas homéricos. El genio popular no produce obras poéticas tan sofisticadas: la complejidad es necesariamente producto de lo individual.

- Nuestro pensador experimenta un interés profundo por la relación de los griegos con su pasado ‘homérico’. Ilustraré este último aserto a partir de una anécdota evocada al principio de “El certamen de Homero” (véase *infra* pp. 8-10):⁸ tras la conquista de Gaza, Alejandro Magno ató a su carro de guerra al valeroso caudillo de los adversarios y lo arrastró mucho tiempo, imitando el tratamiento infligido por Aquiles al cadáver de Hèctor (*Iliada* xxii 395-404). Aparte de señalar la incomodidad del humanismo clasicizante frente a relatos de este tipo, Nietzsche parece fascinado por la tenue línea divisoria entre la sublime emulación de los héroes y la parodia grotesca e horripilante de su comportamiento desmesurado.

4

En resumen, Nietzsche hurga en esta grave aporía: cuanto más nos remontamos en el tiempo, menos cosas concretas se saben acerca del Poeta. Las noticias tardías no parecen proceder del descubrimiento de nuevas evidencias; son, más bien, resultado de la evolución histórico-cultural griega; y, por lo menos en parte, fruto de la pura especulación. Así, en el seno de un mismo nombre, ‘Homero’, coexisten significados incompatibles. Al principio, ‘Homero’ fue el poeta épico por antonomasia, el autor de toda poesía heroica. Pero cuando, en la Atenas de los Pisistrátidas, la *Iliada* y la *Odisea* emergen como obras específicas, diferenciándose de un conjunto mucho más vasto de composiciones épicas, ‘Homero’ pasa a significar el *summum* de la excelencia estética. Nietzsche presenta el proceso de diferenciación de ambos poemas como el resultado de un juicio de valor estético que abocó a una selección de versos inmortales y los atribuyó a un poeta considerado como el más grande de todos los tiempos, *lux et origo* de toda la actividad poética.⁹ Con la famosa frase “Homero como el poeta de la *Iliada* y la *Odisea* no es una tradición histórica sino un juicio estético”, Nietzsche sintetiza ese proceso — proceso que, desde luego, no se produjo de golpe, sino con múltiples contradicciones y

⁸ La fuente de este relato es Hegesias de Magnesia, un historiador de Alejandro; véase *FGrHist* 142, 5 Jacoby; *cit.* por Dionisio de Halicarnaso, *De comp. verb.* xviii 123 sgg.).

⁹ En la actualidad, los investigadores se centran más en los presuntos movimientos político-sociales (e incluso propagandísticos) que debieron de condicionar la preeminencia de ambos poemas.

retrocesos. Aristóteles, por ejemplo, da un singular paso atrás respecto a posiciones que él mismo mantiene en otros lugares cuando adjudica a Homero el *Margites*, un poema paródico-burlesco, incompatible con la verdadera cifra de la personalidad del Poeta.¹⁰ Así se constituyó de manera progresiva una imagen *posible* de Homero — un personaje ‘real’, aunque impreciso, nebuloso sólo a causa de la lejanía temporal y de la carencia de informaciones fidedignas.

Habida cuenta de que el término ‘Homero’ vehicula contenidos tan distintos, afirmar que “la *Iliada* es obra de Homero” equivale a decir que es obra de ‘alguien’. Con semejante aserto se proclama la unidad de autor del poema; pero no se establece ninguna relación significativa entre el autor y su obra. Son los hábitos inveterados de los lectores los que suscitan, de un modo casi mecánico e inconsciente, la imagen (¿o el fantasma?) del autor.¹¹ Por su parte, los estudiosos modernos se enfrentan, impotentes, al interrogante acerca de si ‘Homero’ fue, en principio, un personaje de carne y hueso o una abstracción. O, como dice Nietzsche, con frase feliz: ¿la persona se transformó en concepto o el concepto en persona?¹²

5

Nietzsche prosigue recordando que la Historia de la literatura ha aspirado siempre a comprender la ‘personalidad’ de los grandes poetas; pero ¿cómo es posible establecer una relación exegética productiva (o simplemente razonable) entre un autor del que no se sabe nada — puesto que incluso su existencia ha podido ser puesta en duda — y unas obras de las que se sospecha que han sufrido interpolaciones múltiples? Añádase a este interrogante otro todavía más acucioso: ¿En qué consiste la tan cacareada perfección de los poemas ‘homéricos’? Si nos atenemos a la autorizada opinión de Aristóteles, tal perfección radica en la construcción monumental del conjunto; así se desprende de un pasaje célebre donde el Estagirita contrapone la *Iliada* y la *Odisea*, tal como habían cristalizado en su época, a las composiciones del Ciclo (*Poética* xxiii 1459a-b). Pero, como observa Nietzsche sardónicamente, la construcción de la *Iliada* es precisamente aquello que muchos estudiosos modernos han criticado con mayor acritud. Los intentos de distinguir entre un núcleo original y una serie de interpolaciones que lo desfiguran en

¹⁰ Cfr. *Poética* iv 1448b 30; *Ética a Nicómaco* vi 1141a 14.

¹¹ Semejantes afirmaciones resultaban mucho más chocantes en tiempos de Nietzsche que en nuestros días, cuando todo el mundo ha tenido ocasión de leer (o de conocer de oídas, por lo menos) los brillantes análisis sobre la “muerte del autor”, difundidos por el nietzscheano heterodoxo Michel Foucault y otros pensadores. (Véase e.g. Foucault 2001: 817-849).

¹² KGW ii/1 247-269 = O.C. ii 219-231.

parte han sido constantes, sobre todo en el Ochocientos. Semejantes operaciones pueden ser fruto de juicios subjetivos, de nulo valor crítico; pero demuestran que la construcción monumental del poema no ha merecido, a lo largo de los siglos, una valoración unánimemente positiva.

En cuanto al arte de deslindar a ‘Homero’ de los *neôteroi*, ‘los modernos’, fue llevado ya a su perfección en Alejandría, por obra de Aristarco. Ello no dejó de tener consecuencias importantes en la práctica ecdótica del gran estudioso. Los detalles del trabajo de los filólogos helenísticos se conocían en época de Nietzsche bastante menos que en la actualidad; pero Nietzsche pudo opinar (y no sin buenos argumentos) que este trabajo constituía un ejemplo excelente del pecado original de toda filología; esto es, crear en parte, con su misma labor, aquello que se está analizando.

El complejo proceso de cristalización de la *Iliada* y la *Odisea* ha inducido a conjeturar la intervención final de un editor (o de varios editores) — o de un redactor, o como quiera llamársele. Para la mayoría de eruditos del Ochocientos esta hipótesis resultaba insoslayable. Hay que poner en relación con ello otro aserto célebre de Nietzsche:

“Nosotros creemos en un único gran poeta de la *Iliada* y la *Odisea*, pero no que este poeta sea Homero”. La frase llama la atención, una vez más, sobre dos nociones concurrentes de ‘Homero’: (a) la *persona* mítica; (b) el compositor material de la *Iliada* y la *Odisea*. Nietzsche apunta la paradoja de un Homero único, *más* un responsable de la *Iliada* y la *Odisea* — que no serían la misma persona.

Muchos contemporáneos de Nietzsche creían que ‘Homero’ era el último eslabón en esta cadena; pero nuestro pensador se opone a semejante punto de vista. El nombre de ‘Homero’ debe corresponder a quien tuvo la visión original. La actual disposición de la *Iliada* no sería producto de una intuición visionaria, sino una cosa conceptual; la organización de los materiales es secuencial, paratáctica. Tal aserto es rubricado por Nietzsche mediante una imagen poderosa: la *Iliada* sería como una guirnalda de flores trenzadas, no como una corona.¹³ El plan del conjunto respondería a una innovación reciente, posterior incluso a la fama panhelénica de ‘Homero’. Ello no impide que el redactor tardío no fuera también un gran poeta — sobre todo, si se le compara con los autores del Ciclo, cuya organización de los materiales deja, según Aristóteles (*vide supra*) bastante que desear. Pero esta figura completamente desconocida fue capaz de poner sus

¹³ Hay aquí una alusión a un pasaje famoso de la *Nemea* VII (vv. 77-79), donde Píndaro contrapone una efímera guirnalda de flores a la corona engarzada de metales preciosos; su poesía sería comparable a ésta última. La *Iliada*, en cambio, se articula, según Nietzsche, por yuxtaposición simple.

propios pies en las huellas de ‘Homero’, sacrificando su personalidad individual (e incluso su nombre) en el altar de la fama de su mítico predecesor.

No parece necesario subrayar que estas opiniones resultan tan subjetivas como cualquiera de las que Nietzsche ha calificado como tales. Sin duda nos hallamos frente a un intento deliberado no de minimizar las contradicciones de la Filología homérica, sino de radicalizarlas, de exasperarlas.

6

Pienso que un excursus sobre el ensayo de Nietzsche a propósito del *Certamen de Homero y Hesíodo* no resultará fuera de lugar aquí.¹⁴ Pero conviene recordar previamente que el interés por los aspectos agonísticos de la cultura griega fue una constante en la reflexión nietzscheana que no se circunscribe a los trabajos profesionales. Se ha afirmado que la reevaluación de este aspecto clave de la cultura griega arcaica se debe sobre todo a sus esfuerzos y a los de Jacob Burckhardt, colega suyo en Basilea. El ensayo sobre “El certamen de Homero” (véase *supra* p. 3) constituye la versión más elaborada de sus reflexiones en torno a este argumento. Así pues, ocupándose de la competición poética entre Homero y Hesíodo, Nietzsche no sólo afrontaba una temática filológica interesante, sino que, además, analizaba algo que le importaba de modo directo.

El argumento central de “El tratado florentino sobre Homero y Hesíodo, su origen y su certamen” se puede sintetizar en los siguientes términos:

- a. De la antigua tradición que narra cómo Homero y Hesíodo se enfrentaron en una competición por la supremacía poética no existieron en la Antigüedad versiones múltiples, sino básicamente un solo relato, preservado para nosotros en un texto anónimo algo posterior a la muerte de Adriano, cuyo prolijo título es “Acerca de Homero y Hesíodo, su linaje y su Certamen”. Este texto se conserva en un *codex unicus*, el Laurenciano lvi 1 de la Biblioteca Medicea Laurenciana de Florencia.¹⁵
- b. Se puede demostrar técnicamente que esta versión del *Certamen* es un extracto de un texto más extenso.
- c. La fuente principal del relato es una obra perdida mucho más antigua — a saber, el *Museo* del rétor Alcidas de Elea (siglo IV aC), un discípulo de Gorgias.

¹⁴ El trabajo fue publicado en dos entregas (en 1870 y 1873) en el *Rheinisches Museum für Philologie*, la prestigiosa revista que a la sazón dirigía F.W. Ritschl (1806-1876), el mentor universitario de Nietzsche. El futuro filósofo ya había discutido el tema con anterioridad, en una conferencia titulada *Sängerkrieg auf Euböa* (KGW ***), pronunciada en julio de 1867 en el *Philologischer Verein* de Leipzig.

¹⁵ Nietzsche publicó una edición de este manuscrito en 1871, en las *Acta societatis philologiae Lipsiensis* (= KGW II/1 339-364). La parte final del trabajo del *Rheinisches Museum* se consagra a justificar ciertas opciones textuales de esta edición, que habían suscitado polémica.

No es este el lugar oportuno para analizar a fondo los aciertos y las limitaciones del trabajo de Nietzsche — trabajo que, años más tarde, encontró una inesperada confirmación parcial en dos hallazgos papiráceos. Me limitaré a subrayar ciertas coincidencias con el Nietzsche más familiar. Así, el *parti pris* de rastrear, en el trasfondo del relato de esta competición, a una personalidad modestamente creadora (*i.e.* Alcídamente), en lugar de conformarse con la consabida etiqueta de “un relato tradicional”, es algo típicamente nietzscheano. Semejante punto de partida tenía algo de apriorístico; pero le sirvió a Nietzsche para alcanzar un resultado importante, la identificación de Alcídamente como fuente principal del *Certamen*. No parece probable, en cambio, que un relato de esta naturaleza circulase en una sola versión; ni tampoco que Alcídamente no contase a su vez con precedentes (aunque la naturaleza exacta de tales precedentes no resulta fácil de determinar. Por otro lado, la inveterada antipatía de Nietzsche por cualquier cosa que oliera a “literatura popular” no le ayudaba precisamente a valorar en sus justos términos el librito de época adrianea, con su tufillo de retórica escolástica. U. von Wilamowitz y Eduard Meyer, que en su momento también se ocuparon de este tratado, calificándolo de ‘*Volksbuch*’, acertaron más, a pesar de lo anacrónico de su terminología.

En un orden distinto de cosas, la soterrada pasión con la que Nietzsche analiza las múltiples variantes de la breve composición sobre las ventajas de no haber nacido (*Cert.* vii 73-4 Rzach), revela — a pesar de mantenerse en todo momento en el terreno de la crítica textual más severa — al pensador fascinado por el pesimismo griego, el persistente lector de Schopenhauer.¹⁶

También quisiera aludir al hecho de que Nietzsche haya obviado adentrarse en un terreno que, en otras circunstancias, le habría resultado, sin duda, tentador. Cuando menciona la leyenda según la cual el gran poeta lírico Estesícoro de Hímera habría sido hijo (o nieto) nada menos que de Hesíodo, Nietzsche se demora solo en los problemas de cronología suscitados por este aserto, y omite cualquier alusión a los evidentes aspectos simbólico-alegóricos del relato. Este silencio quizás se deba a que consideró que la austera revista de Rischl no era el mejor lugar para tales especulaciones.

¹⁶ Muchos y reputados estudiosos se oponen resueltamente a admitir esta conexión, a pesar de su intrínseca verosimilitud. Cfr. *e.g.* Voigt 1962: 106; Cataldi Madonna 1983: 203-4 n. 68. Pero, de los *trece* pasajes de autores griegos que citan, mencionan o parafrasean estos versos — de Teognis a la *Suda*, de Sófocles a Sexto Empírico; véase el comentario de Van Groningen 1966 a Teognis — la mayoría fueron, en un momento u otro, objeto de atención por parte de Nietzsche. Parece difícil que se trate de una pura y simple coincidencia.

Acabará resumiendo el último párrafo del trabajo, donde se sintetizan, con ejemplar claridad, los motivos de interés que diversos lectores pueden hallar, en opinión de Nietzsche, en el estudio del *Certamen*:

- (1) Presenta una imagen (más o menos desfigurada, desde luego) de cómo era un *bios* [≈ un ensayo biográfico] antiguo.
- (2) Ofrece una evocación muy vívida de las competiciones rapsódicas.
- (3) Documenta ciertas prácticas simposiales de la Antigüedad grecolatina.
- (4) Nos descubre los primeros balbuceos de la Filología homérica precientífica.

7

La pretensión de encontrar, al término de las reflexiones de Nietzsche acerca de Homero, unas conclusiones últimas, estables, “provisionalmente definitivas” (valga el oxímoron) carece de sentido. Y no porque Nietzsche, desengañado, renunciase a la Filología antes de decir todo lo que tenía que decir, sino porque, en su dedicación profesional a Homero, parece haberle importado más profundizar en los problemas que intentar resolverlos. En el estudio científico del Padre de la poesía y de su mundo radiante, detrás de cada valor aparentemente seguro, hallaba un abismo de contradicciones. A falta, pues, de cualquier conclusión, me limitaré a señalar algunos rasgos de la práctica filológica de Nietzsche que continuaron caracterizando su quehacer intelectual también después de que renunciara al oficio. A mi parecer, podrían ser los siguientes:

- a. La constatación de que los hombres tienden a admirar aquello que *deben* admirar — esto es, aquello que maestros prestigiosos les señalan como digno de admiración.
- b. Cuando leemos, nuestra lectura necesita muletas, andaderas.¹⁷ Por ejemplo, la reconstrucción (aunque sea inventada) de la ‘personalidad’ de un autor. Sin semejantes muletas, muchas veces no sabemos cómo leer.
- c. La Filología tiene que seguir a menudo caminos indirectos. Una anécdota banal, de historicidad más que dudosa para muchos (como la rivalidad en un certamen poético entre dos vates de existencia discutida y que, en todo caso, no es seguro que fueran contemporáneos) puede constituir una ayuda importante a la hora de enfrentarnos a ‘sus’ composiciones.

¹⁷ En el lenguaje técnico de la moderna Estética de la recepción, a estas muletas se las suele denominar “horizonte de expectativas”.

d. La desconfianza parece inherente al filólogo. No es por mezquindad de espíritu — o no es solamente por eso — que los filólogos desmenuzaron la corona de laurel (para hablar ahora como Goethe) que ceñía las sienes del máximo Poeta. Un juicio de valor semejante constituye un acto de cultura, como lo son las lecturas y los supuestos (explícitos e implícitos) en los que se apoya. Se trata, en definitiva, de hábitos inveterados, que normalmente nos guardamos de someter a revisión. Nietzsche aspira a desentrañar, en su trasfondo, una serie de ídolos, tabúes, concepciones acríticas, simples malentendidos. Su cuestionamiento analítico a nivel del lenguaje le parecía, probablemente, una de las vocaciones más altas de la Filología.

En realidad, la “Filología del futuro” se parecía un poco a un disolvente. Y, quizás cuando Nietzsche sugirió (con una inversión célebre de una frase de Séneca) transformar la Filología en Filosofía, lo que se proponía, por lo menos en parte, era alterar la graduación de este disolvente.

BIBLIOGRAFÍA

- Acampora, Ch.D. (2003). “The Contest between Nietzsche and Homer: Revaluing the Homeric Question”, in N. Martin (ed.), *Nietzsche and the German Tradition*. Lang: Oxford/New York: 83-109.
- Acampora, Ch.D. (2013). *Contesting Nietzsche*. The University of Chicago Press.
- Cataldi Madonna, L. (1983). *Il razionalismo di Nietzsche. Filologia e teoria della conoscenza negli scritti giovanili*. Edizioni Scientifiche Italiane: Napoli.
- Foucault, M. (2001). “Qu’est-ce qu’un auteur?”, in *Dits et écrits I (1954-1975)*. Quarto-Gallimard: Paris: 817-849.
- Gossman, L. (2000). *Basel in the Age of Burckhardt. A Study in Unseasonable Ideas*. The University of Chicago Press: Chicago and London.
- Grafton, A. (1981). “Prolegomena to Friedrich August Wolf”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* xliv: 101-129.
- Gutiérrez Girardot, R. (2000). *Nietzsche y la filología clásica. La poesía de Nietzsche*. Panamericana Editorial: Bogotá (1ª edición: Eudeba, Buenos Aires, 1996).
- KGW = Nietzsche 1967-
- Lloyd-Jones, H. (1982). ‘Nietzsche’, in *Blood for the Ghosts. Classical Influences in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Duckworth: London: 165-181 (1ª ed. in O’Flaherty et alii 1976: 1-15).
- Nietzsche, F. (1967-). *Nietzsche Werke. Kritische Gesamtausgabe*, herausgegeben von G. Colli und M. Montinari. Walter de Gruyter: Berlin-New York.

- Nietzsche, F. (1982). *Philologische Schriften 1867-1876*. Zweite Abteilung bearbeitet von F. Borman und M. Carpitella. Walter de Gruyter: Berlin-New York.
- Nietzsche, F. (1993). *Appunti filosofici (1867-1869)*. *Omero e la Filologia Classica*. A cura di G. Campioni & F. Gerratana. Adelphi: Milano.
- Nietzsche, F. (2005). *Nosotros los filólogos*. Introducción, traducción y notas de J. L. Puertas. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Nietzsche, F. (2011). *Obras completas. Volumen i. Escritos de juventud*. Edición dirigida por D. Sánchez Meca. Traducción, introducciones y notas de J.B. Llinares, D. Sánchez Meca, L.E. De Santiago Guervós. Tecnos: Madrid.
- Nietzsche, F. (2011). *Obras completas. Volumen ii. Escritos filológicos*. Edición dirigida por D. Sánchez Meca. Traducción, introducciones y notas de M. Barrios, A. Martín, D. Sánchez Meca, L. De Santiago Guervós, J.L. Vermal. Tecnos: Madrid.
- O.C. i, ii = Nietzsche 2011, 2013
- O'Flaherty, J.C.; Sellner, T.F. & Helm, R.M. (eds. 1976). *Studies in Nietzsche and the Classical Tradition*. The University of North Carolina Press: Chapel Hill.
- Porter, J.I. (2000). *Nietzsche and the Philology of the Future*. Stanford University Press.
- Porter, J.I. (2004). "Nietzsche, Homer, and the Classical Tradition", in P. Bishop (ed.). *Nietzsche and Antiquity. His Reaction and Response to the Classical Tradition*. Camden House / Boydell & Brewer: Rochester, NY: 7-26.
- Pòrtulas, J. (2008). *Introducció a la Iliada. Homer entre la història i la llegenda*. FBM: Barcelona.
- Van Groningen, B.A. (1966). *Theognis. Le Premier livre*. Édité avec un commentaire. Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschappij: Amsterdam.
- Vogt, E. (1962). "Nietzsche und der Wettkampf Homers", *Antike und Abendland* xi: 103-113.
- Wolf, Fr. A. (1985). *Prolegomena to Homer (1795)*. Translated with Introduction and Notes by A. Grafton, G.W. Most & J.E.G. Zetzel. Princeton University Press: Princeton, NJ.